

NECROLOGÍA

DEL

DR. D. NARCISO CARBÓ DE ALOY

PRESIDENTE QUE FUÉ

DE LA

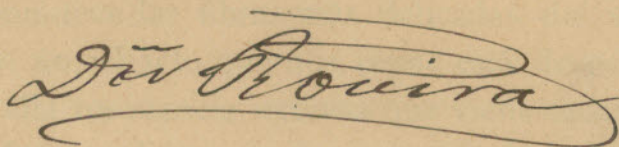
ECONÓMICA BARCELONESA DE AMIGOS DEL PAÍS

Leída en sesión pública

por el

DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT

Presidente de la misma



BARCELONA

TIPOGRAFÍA LA ACADÉMICA, DE SERRA HNOS Y RUSSELL

Ronda Universidad, 6; Teléfono 861

1898

ILTRE. SR.; SEÑORES:

PARA la Sociedad Económica de Amigos del País no es hoy uno de esos agitados momentos en que la Corporación ejercita sus vigorosas aptitudes, al objeto de resolver un árduo problema beneficioso á la patria. Tampoco se celebra en este día la bella sesión anual en que se galardona á los premiados por actos heroicos ó de sublime virtud; ceremonia siempre augusta y que conmueve las fibras más delicadas del sentimiento; no: el acto que nos reúne está desposeído de aquella resonancia externa que viene encarnada en los funcionalismos reglamentarios de la Económica; es más individual y concreto, pero más íntimo, si se quiere, puesto que constituye así como un duelo de familia producido por la desaparición de uno de sus más preclaros miembros.

¡Qué solos quedarían los muertos si los vivientes no les acompañáramos, en espíritu, hasta más allá de la tumba! Yertos é inmóviles en sus sarcófagos, se nos figura que aun nos están mirando y que escuchan los ecos lejanos de nuestra voz; mientras nosotros, fascinados por tal creencia, les enviamos la expresión de nuestros sentimientos más hondos.

Nada tan estrecho como los vínculos de la sangre; pero son también muy poderosos los lazos de la amistad y los que derivan de esa corriente de afectos que se producen en el seno de las corporaciones que, como la nuestra, persiguen el fin nobilísimo de ser útiles al país. Lo propio que en la familia humana, sus hijos son ramas de un mismo tronco, se alimentan de una savia común y respiran igual ambiente, por lo cual al desgajarse una sienten las otras el desamparo y se estremecen por su pérdida.

Dícese que la época actual es por demás utilitaria sino egoista; que no posee más que afectos de presente, adorando al astro mientras alumbra y que contempla con estóica frialdad la desaparición de aquellas personalidades ilustres que tanto empeño demostraron en toda suerte de perfeccionamientos; pero cuando se ve, contradiciendo tan glacial suposición, que las entidades corporativas dedican un recuerdo cariñoso á la buena memoria de los que fueron, no puede menos de convenirse en que todavía hay sentimientos y que no se han extingui-

do del todo los impulsos de gratitud. Al venerar á los muertos, nosotros nos veneramos; y al hacerles revivir relatando sus hechos, parece que desde la mansión donde se hallan nos dirigen un saludo cariñoso. Es por esto que hoy la Económica, al dedicar una sesión al que fué dignísimo presidente suyo, realiza un acto digno de loa y que hubiera podido resultar por demás solemne, si el honrado con el cargo de leer la memoria necrológica reuniese más valiosas prendas que las muy humildes del que, por breves momentos, reclama la atención de este distinguido auditorio.

EL DR. D. NARCISO CARBÓ DE ALOY

¿Quién, en nuestra tierra, no le conocía? ¿Quién, después de haber visto una sola vez á mi biografiado, pudo desconocerle? Era en lo físico un tipo que se destacaba de los más y que sólo se parecía á él mismo. Aun le estoy viendo soleándose todas las mañanas por el Paseo de Gracia, con el gabán al brazo en el rigor del estío y bien arropado en el crudo invierno; lento el paso, si era tibio el ambiente; más movido, pero nunca veloz, si soplabá airecillo fresco. De vez en cuando, en la deambulación, producía dos movimientos como automáticos; uno de desviación pausada de la cabeza, ya á la derecha ya á la izquierda, indistintamente, y otro, más de tarde en tarde, en una de las piernas,

cual si sintiera una molestia en el tendón de Aquiles. De estatura no más que mediana y algo envuelto en carnes; cara redonda, blanco rosada; ojos pequeños, pero de gran viveza, á pesar de la miopía que le obligaba á gastar lentes; y barba despoblada y gris, contrastando con la negrura del cabello que, peinado con cierto arte, no bastaba ya á cubrir la bóveda de un cráneo grande y hermoso, por su alta y espaciosa frente y por la figura casi circular, resultante de la armónica proporción de todas sus líneas.

Por su conjunto nadie hubiese creído que aquel hombre, nacido en Barcelona é hijo de padres españoles, fuese un latino de pura raza, ya que sus rasgos étnicos parecían encuadrar mejor con los de un alemán ó de un flamenco. La acostumbrada frialdad de su sobria palabra y la escasa gesticulación de sus brazos en el diálogo familiar y hasta en la cátedra y en las lides académicas, fuera de los contados momentos en que se apasionaba dando rienda á la vehemencia, parecían comprobar que por sus venas mejor corría la flemática sangre de los hijos del Norte, que el ardiente líquido que estimula la nerviosidad de los iberos.

Tales eran las líneas generales de eso que llamamos los médicos *hábito exterior del cuerpo*; pero al profundizar más en el análisis, hincando el escalpelo de la crítica hasta allí donde cabe el conocimiento del modo de ser íntimo y de las diversas actividades del hombre, se podrá ver en

este caso, como en muchos otros, hasta qué punto había concordancia ó disparidad entre los hechos y esos relieves externos.

No pretendo resucitar en este instante conceptos trasnochados de la frenología, pero es de sentido común la afirmación de que la craneoscopia sirve para el justiprecio de la potencia psíquica del hombre, ya que los problemas de la mente se relacionan por manera íntima con el volumen y disposición de la masa cerebral. Disputarán los sabios hasta la consumación de los siglos acerca de las relaciones existentes entre el espíritu y la materia; pero, á coro, convienen y seguirán conviniendo en que no es, ni puede ser extraño el cerebro á las funciones anímicas. Siempre quedará una incógnita por resolver, pues si apenas nos conocemos nosotros mismos, no es fácil alardear del conocimiento ajeno; pero, así y todo, es positivo que llevamos, más ó menos borrosamente, dibujados en nuestra configuración craneal y en nuestra movable fisonomía los caracteres más principales de la actividad psicológica.

Partiendo de tal supuesto y de que os dignéis permitirme por un instante juicios aprióricos, reconozco en la craneoscopia del Dr. Carbó unas trazas que se ajustan armónicamente con la mayor parte de las aptitudes científicas y de otros géneros que tanto relieve le dieron.

Esa frase vulgar: «don fulano tiene *una gran cabeza*,» resumen empírico de una afirmación que

la antropología confirma, no es figurada; pues, al fin, representa un concepto que tiene existencia real. Cierto que no son sinónimas las frases: *gran cabeza* y *cabeza grande*; tanto, que hay cabezudos que son unos tontos de capirote y hay sabios de cabeza pequeña; porque no es lo mismo la calidad que la cantidad y lo que importa es que los órganos estén bien equilibrados ó que, cuando menos, haya gran predominio de aquellas zonas capaces de dar á los individuos aptitudes especiales bien dispuestas. Pero el estudio craneoscópico de esos hombres en cuya mente fulguró el genio, á menudo ha confirmado una gran masa cerebral. Así el cráneo del Dr. Carbó: el vasto desarrollo del tercio inferior ó base de la frente, acusaba la memoria de detalle en todo su vigor y, de consiguiente, una gran aptitud para el conocimiento de aquellas ciencias que, como las físicas y naturales, suponen una gran retentiva; la holgada amplitud del tercio medio horizontal de la propia región, demostraba intensa fuerza comparativa y de causalidad, que es igual á decir, que poseía un espíritu analítico indomable; en cambio, el tercio superior que, cuando muy desarrollado, suele indicar gran potencia para las operaciones sintéticas y para los vigores de la deducción, ofrecíase ancho también en absoluto, pero de todas maneras menos desenvuelto que los anteriores. De haber guardado igual proporción, se hubiera podido señalar aquel cráneo, como uno de los

modelos de la *Craneología* del profundo Quatrefages.

El valor intrínseco de esas aptitudes generales estaba amplificado por otras facultades de la inteligencia. La cabeza de alta bóveda del ilustre profesor, significaba que el Dr. Carbó era hombre de grandes ideales y que el sentimiento, la imaginación y hasta la fantasía impulsaban los actos de su mente de tal modo, que le conducían á la aspiración de crear conceptos nuevos sobre las cosas que él observaba, estudiaba y sentía, forjándolos á su modo y no siempre en concordancia con los juicios abstractos ó concretos que otros pudiesen formar. La amplitud bilateral del tercio medio de su cráneo, hacia la misma bóveda, argüía una fuerza de organización, de ingenio, de mejoramiento y de amplificación, atributos indispensables para la armonía, solidez y claridad de los trabajos activos del entendimiento. Si el diámetro craneal ántero-posterior hubiese sido más largo y la coronilla un poco más abombada, nota anatómica de los que poseen el don de resolver sin vacilaciones los juicios que la inteligencia formula, entonces el Dr. Carbó,—siempre dentro del criterio más ó menos justificado de la craneología,—hubiese podido lograr de sus vastísimos alcances un producto todavía mayor.

Si quisiera yo conceder un valor indiscutible á todos esos indicantes de su actividad cerebral, diría: que para aquella clara inteligencia no había

estudios difíciles; que podía recordar sin gran esfuerzo todo lo que exige la memoria individualista de las ciencias físico-químicas y de las naturales en su acepción más lata; que le eran fáciles los accidentes de la perspectiva y de la forma, la precisión de los números, los hechos de la historia, el recuerdo anecdótico, el dominio de los idiomas, la confección de la estadística y de cuanto presupone una memoria bien dispuesta. Pero añadiría también que distaba mucho de ser un memorión, como erróneamente creyó quien quiso calificarle con el mote gráfico de «biblioteca andando»: algo tenía de lo que el inmortal Balmes llamaba talento de *almacén*, pero era bastante más que todo esto ya que su talento también *fabricaba*. Podía faltarle, si se quiere, cierta unidad de acción cuando quería hacer uso práctico de las comprensiones de su mente; pero en cambio, al atesorar toda clase de conocimientos en ciencias, en literatura, en filosofía, por ejemplo, los sabía disecar, los desmenuzaba, los comparaba entre sí y buscaba la relación entre las causas y los efectos, para llegar á una deducción, bien que menos potente que la anchísima base sobre la cual podía haberla sentado. Pero ¡vive Dios! ¡qué sér humano es perfecto!

Esta impresión general más ó menos hipotética, que ha sugerido en mi espíritu el recuerdo de una persona que durante treinta años fué objeto de mi especial veneración, tal vez quede comprobada por

el relato de los hechos más culminantes de su aprovechada existencia.

Muy fuerte debió ser su inclinación á los estudios médicos, cuando pronto torció el camino que hubo de emprender apenas adolescente. En aquella época, quizá por consejo de su padre ó por ese espíritu de imitación tan encarnado en la mocedad, siguió la carrera de las armas, entrando en la Escuela de Estado Mayor del Ejército. Hijo de un general de renombre y hermano de un militar que llegó también al generalato, y en momentos en que ardía en nuestro suelo la fratricida guerra de los Siete años, fué llamado á las filas, y acompañando al general Carbó, hubo de tomar parte en las operaciones de Cataluña, concurriendo, entre otras, á la batalla de Veguer, en las cercanías de Solsona. Allí realizó el acto heroico de atravesar las filas del enemigo en el fragor de la lucha, llevando un parte—misión que correspondía á otro—, lo cual le valió la honra de ser premiado en el mismo campo con el grado de subteniente.

Aquel joven, con el apoyo de un jefe de alta graduación, en unos momentos en que el encono de los partidos hacía brotar gente armada bajo de las piedras, y poseyendo, no ya el valor nominal que á todo militar se le supone, sino el efectivo que había demostrado gallardamente, parecía natural que no hubiese abandonado la carrera

de las armas, pudiéndosele asegurar un porvenir brillante por sus especiales aptitudes en los estudios propios del Estado Mayor de un ejército; pero desvióse de la senda y, menos amante de Marte que de Minerva, abandonó los azares de la milicia para ingresar en la Universidad de Madrid. Mas, como su facilidad para impregnarse de todo género de conocimientos era tan grande, significaba poco para él el complicado estudio de la Medicina y cursó á la par Ciencias Naturales, Filosofía y Letras, llegando á adquirir de esta suerte una suma de conocimientos por demás asombrosa. Abarcó en toda su extensión las múltiples ramas que integran las ciencias médicas; y con la misma soltura hacía gala de conocer el inmenso número de órganos que nos componen, con todo aquel detalle de la anatomía más minuciosa, como los abstrusos problemas de fisiología normal; y si dominaba por entero las patologías especiales, era también un higienista acabado y un maestro en medicina legal y toxicología.

La solidez de sus conocimientos médicos dependía en gran parte de la posesión segura de algunas ciencias auxiliares que, como la botánica, la física y la química, permiten darse cuenta y razón de muchos hechos biológicos. No contribuyeron menos á facilitarle el dominio de la Medicina sus grandes aficiones lingüísticas, faltándole poco para ser un políglota consumado; y no lo fué porque no quiso, pues el hombre que hablaba el latín y el

hebreo, que era además helenista, que se familiarizó con la lengua alemana y la francesa, y que el italiano y el inglés no le eran extraños, bien puede asegurarse que con un esfuerzo más, habría emulado las glorias de un filólogo completo.

Pero no se crea que nuestro biografiado, una vez concluidas sus carreras científicas y protegido con tal blindaje, se lanzara al ejercicio de su profesión médica para dormirse sobre sus laureles y cerrar los libros, como otros con deplorable frecuencia hacen; antes al contrario, cual si los estudios de la Universidad,—y así es—, sólo sirvieran para deletrear, fué después cuando él amplificó y perfeccionó sus conocimientos. Del Dr. Carbó pudo decirse que fué un estudiante toda su vida y á los sesenta y tantos años fijaba todavía su vista sobre las páginas de los libros con la misma intensa delectación que lo hiciera en los buenos tiempos de su florida juventud. ¡Qué largas horas no pasó un año y otro año, dedicándose á la química práctica! ¡Cuántas peregrinaciones no hizo cada verano por Cataluña recorriéndola toda, desde el Pirineo al llano, para hacer ejercicios de herborización, reuniendo preciosas colecciones de plantas! Era un enamorado de la Botánica. Aun recuerdo,—encontrándonos los dos en la Côte, allá por el año 1875,—las deliciosas mañanas que me proporcionó paseando juntos por el Jardín Botánico y enseñándome con inagotable bondad los mil ejemplares que allí espléndidamente vegetan.

Aunque con las sobresalientes cualidades que á vuela pluma acabo de reseñar hubiese dado fin el Dr. Carbó á su historia científica, ya se habría hecho acreedor á la general estimación, ganándose un lugar preferente entre los hijos de Cataluña; pero, como quiera que se lanzó á la vida pública, hay necesidad de que yo os lo presente dibujándole en sus más principales aspectos.

Un accidente fortuito fué causa de que sus primeras armas profesionales las hiciese en Mataró. Sea que un estudio prolongado y titánico minara un organismo de suyo poco resistente; sea que el clima extremoso de Madrid le maltratara, ello es que contrajo en la Côte una intensa hemoptisis que le obligó á trasladarse, en 1851, á nuestro litoral de Levante. Aquí, el ambiente del mar y una temperatura más tibia y uniforme que la de la meseta central de España, le devolvieron la salud. Durante cuatro años ejerció la profesión médica en aquella ciudad, y allí residía cuando el cólera del 54 llevó, como ángel exterminador, la desolación y el espanto á la antigua Iluro. Si aun recuerdan los mataronenses aquellos días de luto y de exterminio, tampoco han olvidado las heroicidades de sus médicos y la serenidad inmutable, el valor cívico y la solicitud de que hiciera gala el Dr. Carbó en los luctuosos momentos en que la muerte se cernía sobre la urbe; sin que fuese bas-

tante á dominarle é infundirle desaliento la pérdida de su cara primera esposa, arrebatada en flor por los rigores de la epidemia. Desde el 55 hasta la fecha de su muerte se avecindó en Barcelona y esta ciudad ha sido por largo tiempo teatro de sus méritos facultativos.

En estos treintiseis años no sé quién podrá alardear en nuestro suelo de haber lucido más relieve y una respetabilidad mejor sentada. Durante ese largo período, sobrado para hundir una reputación, su nombre ha corrido de boca en boca; las familias más pudientes le solicitaron; impetraron su auxilio los más humildes; y los enfermos, ricos y pobres, iban en peregrinación á su casa en demanda de la salud perdida. Su clientela fué siempre vasta, y si no fuélo todavía más, cúlpese á que el ejercicio de la profesión médica reclama las fuerzas de Hércules y nuestro estimado profesor no las poseía sobradas. ¿Necesitábase una consulta de médicos? Carbó era llamado. ¿Se suscitaba una duda á la cabecera de un enfermo? Venía Carbó á solventarla. ¿Deseábamos los débiles aligerar nuestros hombros del peso de una responsabilidad? Sólo con su presencia nos amparaba y fortalecía.

¿Y cuál era el secreto de tanta autoridad y renombre? No podía atribuirse ciertamente á esas cualidades externas que á otros han podido servir para abrirse camino entre cierta clase de público que, gustando de lo teatral y aparatoso, enamórase muchas veces de una figura gallarda, de la

elegancia en el vestir ó de una verbosidad ampulosa. Precisamente el Dr. Carbó, dentro del ejercicio médico social, más adolecía de cierta frialdad que de una acción movida, y era tan sobrio en el hablar, que apenas si llenaba el hueco, pronunciando aquellas palabras que el ritual establecido en ciertos momentos demanda. En el seno de las consultas, sí, que ponía á contribución todos los recursos de su talento en defensa de sus juicios, y hasta se animaba y era vehemente si por acaso surgía la contradicción; pero al llamar á la familia para informarla del estado del paciente, escollo no siempre fácil de orillar, se apagaba otra vez el fuego y de su boca salía la menor cantidad posible de palabras. Es verdad que en los pronósticos se inclinaba más á un temperamento optimista que á las entonaciones lúgubres; pero semejante procedimiento tampoco pudo justificar su buena fama. El predicamento de que el Dr. Carbó disfrutó con tanta justicia, arrancaba de más hondo: de la firme convicción como intuitiva del público, (que no siempre confunde el oro con el oropel,) y de la fe que teníamos los médicos en su ciencia vastísima.

En los juicios diagnósticos á menudo ofrecía el sello de la originalidad, apartándose de los moldes clásicos. Veía, si se quiere, lo mismo que los demás; no es que en alas de la fantasía remontase el vuelo por los espacios imaginarios en busca de una creación nueva, de todo punto hipotética, no;

tocaba él la realidad con sus manos, pero con talento bastante para mirar el objeto al través de otros prismas ó para atribuirle orígenes diferentes, y haciendo de tal suerte su combinación de lugar, ofrecía á la consideración de sus compañeros un pensamiento nuevo. Bien al revés de aquellos míopes de inteligencia que ven siempre, ó creen ver, en los enfermos, en vez del realismo puro, sólo el reflejo de lo que clásicamente y de un modo convencional y abstracto dicen los libros,—supino error, porque los problemas de la clínica nunca dejan de ser individuales y concretos—; él, todo lo contrario, se empeñaba en hacer resaltar, como es justo, la nota característica de cada personalidad; sólo que en fuerza de individualizar, iba alguna vez demasiado lejos, por desentenderse con exceso de lo consignado en los textos.

Al fin, échase de ver en todo esto, que sólo un talento poco común podía singularizarse de aquella suerte; y así se explica que, al lado del Dr. Carbó, siempre pudiéramos aprender como en un libro sin plagios.

Si en la ciencia del diagnóstico, ó sea en el conocimiento de la enfermedad, era tan original mi biografiado, no quedaba á la zaga en cuanto á sus métodos curativos. Aquel hombre, que como se dirá después, era conocedor profundo de la Terapéutica de todos los tiempos y que estaba penetrado, como nadie, de que las corrientes novísimas llevan á la simplificación de las medicaciones, gus-

taba de la polifarmacia y, en este supuesto, podía emular las glorias del mismo Sydenham. ¡Con qué atenta curiosidad había yo leído docenas de veces sus fórmulas! ¡Qué manera de sumar agentes medicamentosos, combinándoles con singular destreza, para que no resultare un todo caótico! En otro, tal proceder habría sido atrevimiento, tal vez error craso, en él sólo cabía el tilde del arcaismo, pero nunca jamás el dislate. Es que en su mente bullían los conceptos, la saturación científica era por demás grande y se desbordaba, no pudiéndola contener en los límites de la simplicidad. La terapéutica de tiempos pasados inventó fórmulas complexas que han vivido y seguirán viviendo; algunas parecen constituir un absurdo químico y fisiológico, y sin embargo, la diaria experiencia comprueba su gran eficacia. ¿Por qué el Dr. Carbó, mejor que nadie, por lo mismo que conocía al dedillo todos los fármacos, no había de permitirse el alarde de recetar, conforme lo hacía, si alcanzaba con tal procedimiento curaciones extraordinarias?

Veamos ahora al profesor.

Por oposición obtuvo, en 1855, una plaza de auxiliar en nuestra Facultad de Medicina, corriendo á su cargo la sustitución de varias cátedras y la enseñanza de la Higiene pública y privada; más tarde, en 1864, después de reñidas oposi-

ciones, fué nombrado catedrático de Terapéutica, Materia médica y Arte de recetar, cargo que desempeñó hasta su muerte.

Hasta entonces había vivido el Dr. Carbó como encerrado dentro de sí mismo, sin gran resonancia externa, dedicándose á la práctica de la Medicina en un círculo modesto; pero al formar parte del cuerpo docente pudo ya exteriorizarse, hasta el punto de adquirir la notoriedad más envidiable. El, sí, que desde el sillón del profesor pudo enorgullecerse de haber realizado el *perfundet omnia luce*; ya que dos generaciones de médicos nutrieron sus inteligencias con los frutos de tan insigne maestro. Los estudiantes ó pregonan y amplifican los méritos de un profesor ó le hunden sin misericordia; es el suyo un fallo inapelable y, á manera de un dogma, van transmitiéndose, de curso en curso, el aplauso ó la censura. Pues, si fuesen llamados al plebiscito los miles de alumnos que tuvo el Dr. Carbó en su largo período universitario, apuesto que no se encontraría uno solo que no afirmase que el Dr. Carbó había sido una de las figuras más sobresalientes de la Facultad de Medicina de Barcelona. Y creedlo; que en estos particulares no hay ficciones, ni componendas: es buen profesor aquel de quien dicen los estudiantes que es bueno; de lo contrario, *nulla redemptio*.

Alcancéle yo en época temprana y con él estudié la Higiene. Por aquel entonces era el Dr. Carbó poco fácil en la palabra y hasta, si se quiere,

incorrecto; pero, así y todo, con su exposición clarísima, con su método lógico, con su laboriosidad ejemplar y, más que todo esto, por la profundidad de sus conocimientos y por la aplicación práctica que sabía darles, bien hubimos de comprender todos los alumnos que aquel profesor corría á la par con los que por aquella época eran gloria del Colegio de Medicina de Barcelona, si es que no les sobrepujaba, y que no podía estar lejano el día en que ganase por oposición una cátedra numeraria. No tardó en morir en plena senectud el Dr. D. Juan Foix, antiquísimo catedrático de Terapéutica, y le sustituyó mi biografiado, logrando que no fuese tan sentida la pérdida de aquel anciano venerable. El triunfo que alcanzó en Madrid no pudo sorprendernos, convencidos como estábamos del enciclopedismo médico del Dr. Carbó y de la extraordinaria adaptividad de su inteligencia á toda suerte de estudios biológicos. Ganó la cátedra de Terapéutica, bien distinta por cierto, de la que hasta entonces tuvo á su cargo, como podía haber obtenido en público certamen cualquiera otra; y, al inaugurar sus nuevas lecciones, no lo hizo con aquella vacilación natural de un neófito, sino con la seguridad absoluta del maestro que posee el dominio de la ciencia en sus más anchurosos límites.

Si cuando auxiliar encantaba en la cátedra de Toxicología substituyendo al insigne Ferrer y Garcés, por el singular aplomo con que buscaba y

descubría las reacciones químicas de los venenos, sin aparecer la menor discordancia entre la concepción teórica y el resultante de la experimentación; si en las cátedras de Higiene pública y privada causaba asombro por la manera como la asignatura salía dicotomizada de sus labios, ganosos siempre de soluciones prácticas y posibles y no de un bello ideal que, de encontrarse, haría á los hombres poco menos que inmortales; más tarde, cuando llegó á la meta de sus aspiraciones, entrando en el Claustro, como profesor numerario, para encargarse de la asignatura de Terapéutica, Materia médica y Arte de recetar, fué cuando el mérito del Dr. Carbó pudo manifestarse en todo su esplendor.

Llevado yo del natural deseo de remozar la enseñanza que de la misma ciencia había recibido del octogenario Foix, asistí á un curso de Terapéutica, después de haberme doctorado, y fui testigo de la singular perfección con que el Dr. Carbó poseía la vasta y difícil ciencia de las indicaciones. Noté, al propio tiempo, que su palabra, antes premiosa, había adquirido más soltura; que para emitir con claridad el concepto no se esforzaba ya por buscar la frase; ésta brotaba fácilmente al calor de la idea; y el milagro era debido al hábito, al ejercicio incesante, á la gimnasia oratoria. No quiere eso decir que sostuviese en todas las lecciones la misma *tessitura*; pues si el estilo es el hombre, él siempre propendía más á una entona-

ción tranquila y parsimoniosa que á los fuegos emocionales; pero, de vez en cuando, al presentarse, por la hilación del discurso, uno de esos temas que promueven polémica entre los sabios y que en todo tiempo han tenido el privilegio de levantar tempestades, entonces sí que se le coloreaba el semblante, movía los brazos, esforzaba los acentos de su voz y daba gusto ver como se enardecía. Esas salidas vehementes era ya tradicional en sus alumnos observarlas, cuando correspondía hablar en cátedra de lo que llamamos nosotros las *grandes medicaciones*: la narcótica, la ferruginosa, la antiflogística, por ejemplo, eran sus temas favoritos, y en su estudio daba rienda suelta á su actividad intelectual y emotiva.

Él ha sido catedrático en un momento de transición de la Medicina; con un pié todavía en las antiguas escuelas, pudo asentar la otra planta en los umbrales del nuevo edificio. La ciencia en las dos últimas décadas ha sufrido una tan grande y trascendental reforma, que el *hoy* es ya muy distinto del *ayer*; van rompiéndose uno por uno los moldes del viejo régimen y surge de sus ruinas, cual otro Fénix, el moderno renacimiento. El doctor Carbó, hombre sagaz, de gran cultura y reflexivo sin apasionamientos, hizo mejor que otros la ponderación de fuerzas de aquellas épocas y de éstas, viendo que el progreso es indefinido, que la evolución de la ciencia no se trunca, que una inmensa cadena mantiene aprisionados las teorías y

los hechos reales que se han ido sucediendo desde los siglos más lejanos, y que ni todo lo vetusto es despreciable, ni todo lo nuevo comprobado. En su virtud, no pertenecía á la falange de esos *laudatores temporis acti*, que sólo miran con fruición las conquistas del pasado, como si el espíritu del hombre, cual pirámide sahárica, pudiera inmovilizarse; ni tampoco formaba en las filas de los iconoclastas fanáticos que no adoran otros ídolos que los levantados en su tiempo: él, por el contrario, abrazando en un haz todo lo que la antigüedad nos ha legado, después de una probada depuración, y lo que en los momentos actuales ha salido incólume del crisol de una observación desapasionada, representaba en la cátedra una especie de poder moderador que mantenía en su justa proporcionalidad las exageraciones de tan opuestos bandos.

Las tesis más atrevidas no le causaban espanto, antes bien las acariciaba para conocerlas de cerca y aceptarlas ó rechazarlas, ya que su criterio era muy independiente. Así, no observé que se mostrase adepto muy fogoso de las nuevas conquistas de la bacteriología, sin negarlas en absoluto; pero no veía con buenos ojos la precipitación con que se afirman algunos hechos, antes de que la experiencia los haya plenamente confirmado. Sólo así se explica que un naturalista de la talla del Dr. Carbó y que no ignoraba el papel grandioso que el mundo microscópico ejerce en la vida y

muerte de los organismos superiores, no fuese un panspermista convencido; y por allá en el año 85, á propósito de la naturaleza microbiana atribuída al cólera morbo asiático, pretendiera herir con las armas del ridículo la existencia del bacilo *virgula*. El tiempo con sus grandes enseñanzas se encargará de depurar hasta qué punto hay exageración en las teorías que hoy privan; porque, como la ciencia sólo en fuerza de tejer y destejer se afianza, es posible que lo de hoy, como lo de ayer y lo de siempre, sufra las necesarias rectificaciones, para que las cosas queden en su verdadero punto.

Tal era el Dr. Carbó en la cátedra, pero no redujo sus actividades á la simple peroración, sino que, relacionándolo estrechamente con la asignatura de su cargo, dió á luz dos trabajos intitulados: *Programa de Terapéutica, Farmacología y Arte de recetar*, y *Catálogo general de las Aguas minero-medicinales de España y del extranjero*. En ambas queda bien estereotipada la característica intelectual de aquel profesor, haciendo buena la silueta craneoscópica que al principio de este discurso queda dibujada: es decir, asombroso lujo de detalle y de noticia suelta, contrastando con cierta parquedad en los esfuerzos de generalización. Si se fija la mirada en el *Programa*, resalta en todas sus páginas la ostentación de un vigoroso método pedagógico, orden admirable en la exposición de las materias y acierto en las clasificaciones; amplificados todos estos méritos con la riqueza de datos

en la individualización de los agentes medicamentosos. Si se hojea el *Catálogo hidrológico*, asombra el tiempo que hubo de emplear en la busca y hallazgo de notas para catalogar nada menos que unos 2,600 manantiales de los que brotan en España y en los más remotos países, muchos de ellos apenas conocidos de los tratadistas clásicos, y algunos, hasta ahora, sólo citados por el Dr. Carbó, resultando así un libro de consulta precioso y que debiera figurar en la biblioteca de todos los médicos. Pero todo esto, que mueve al aplauso y excita la admiración, podía haberlo avalorado un tanto más, que elementos sobrados tenía para ello, con sólo la adición de algunos capítulos que, en vigorosa síntesis, hubiesen sentado las bases fundamentales así de la Terapéutica como de la Hidrología médica.

Siendo el Dr. Carbó, por todo lo expuesto, una de las figuras del país de más relieve en la esfera científica, no había de ser pequeño el papel que representara en el seno de todas las corporaciones dedicadas al estudio de las ciencias médicas.

Enorgullecíase la Real Academia de Medicina de contarle como uno de sus más antiguos y valiosos miembros; y si hubiera yo de traer aquí las pruebas materiales de su activa gestión académica, puedo asegurar que esto tan sólo mereciera los honores de un largo discurso. Asistente asiduo á

la mayor parte de sus sesiones, pocas veces dejaba de terciar en la discusión de los graves problemas médico jurídicos ó de todo género que allí se ventilan; su firma daba siempre un valor incontrastable al gran número de dictámenes en cuya redacción había él intervenido; y en todo asunto grave, empeñado y difícil en que la Academia había de dar su veredicto, el voto del Dr. Carbó era de calidad é inclinaba el fiel de la balanza. Por muchos años resonarán en el seno de aquella Corporación, más que secular, los ecos de su voz; allí quedan grabados su discurso de sesión inaugural y los juicios que emitió en ocasiones muy solemnes; y como si presintiera que no estaba lejano el día de abandonar para siempre el sillón académico, no podré echar en olvido los últimos destellos de su talento. ¡Con qué silencio sepulcral le escuchamos al pronunciar aquel discurso sobre las Evoluciones de la Terapéutica! ¡Con qué atención, al hacer la crítica del método antirábico de Pasteur, modificándolo por otros, asentando las cosas en el verdadero punto! ¡Qué gallardo en el discurso de contestación al que había leído el Dr. D. Julián Casaña, en el acto de recepción pública! Bien puede asegurarse que este trabajo, el último que dió á la estampa, un año justo antes de morir, preñado de erudición y de buen sentido, fué tal vez de lo mejor que escribió en su larga y aprovechada carrera!

En el Instituto Médico de Barcelona, en aquel

centro científico donde comenzó el renacimiento de la escuela médica catalana, al amparo de una bandera que lució por divisa el *lata libertas in ambitu finito*, donde se estudiaba con entusiasmo, se discutía con calor y formaban una sola familia profesores de la Universidad y alumnos, hombres encañecidos y jóvenes que acabábamos de salir de las aulas, pero inspirados todos en un mismo sentimiento, allí fué también el Dr. Carbó una de las primeras columnas, insiguiendo los pasos de su fundador el ilustre Letamendi; y por los votos de todos fué elevado á la silla presidencial.

Muchos años después, muerto el Instituto, sino matado, en virtud de múltiples circunstancias cuyo relato no viene á cuento, de sus restos nacieron otras corporaciones científicas, una de ellas el Laboratorio y después la Academia Médico-farmacéutica; y también en el seno de ésta fué el Dr. Carbó uno de sus más firmes sustentáculos, por lo cual elevóle el sufragio, por tres veces consecutivas, á la silla presidencial, desde donde pudo impulsar las tareas científicas con su laboriosidad incansable.

Si los méritos y los años agigantaron de tal modo su personalidad, no es de admirar que también otros centros corporativos se lo atrajeran, para contarle en el número de sus miembros. Es por esto que figuraba el Dr. Carbó como socio de Número de la Real Academia de Ciencias Naturales y Artes y miembro honorario del Colegio de Farma-

céuticos de Barcelona; socio correspondiente de la mayor parte de las Reales Academias de Medicina de España; de la Antropológica española; de la Sociedad francesa de Higiene; de la Asociación de Artistas de Coimbra; del Círculo Científico de Angra y del de Heroísmo de Portugal.

El Ateneo Barcelonés hizo bastante más que abrirle las puertas: le cedió varias veces el salón de Cátedras para que desde allí difundiera sus luces, y le premió dos veces con la presidencia, elección y reelección por demás honrosas. Pocos han emulado la actividad ateneísta del Dr. Carbó, no ya en iniciativas de la esfera administrativa, cuando presidió la Junta de Gobierno, sino en el concepto de conferenciante; lo cual permitióle en más de un caso hacer ostentosa manifestación de sus fuerzas científicas, ora dando lecciones de botánica práctica, ora discuriendo sobre la profilaxis del tifus y de la tisis pulmonar y, como digno remate, leyendo trabajos importantísimos en las dos solemnes sesiones inaugurales que tuvo ocasión de presidir. A este propósito, no puede dejar de mentarse el último, que versó sobre el *Concepto general de la Etnografía*. Bastaría leerlo para que se comprendiera la fisonomía intelectual de su autor y hasta las creencias religiosas que puso de relieve más tarde, en los últimos momentos de su vida. Allí lució una erudición grandiosa: datos antropológicos los más variados y abstrusos; hechos prehistóricos y de la historia clásica; estadística y geo-

grafía; conceptos filosóficos y de filología; armonía entre la ciencia y la religión... todo esto y mucho más campea en aquellas condensadas páginas, compendio y resumen de largas vigiliass dedicadas al estudio.

Siendo como era uno de los más antiguos miembros de la Sociedad Económica Barcelonesa de Amigos del País, bien puede decirse que D. Narciso Carbó de Aloy no desperdició nunca las ocasiones que se le presentaron para contribuir al logro de los fines que ella procura; sólo que aquí, gracias á las funciones especiales que la Económica ejerce, queda á la sombra la actividad de sus individuos, para que se destaque más ostentoso el vigor de la colectividad. Los socios de esta casa, y perdóneseme la comparación, son como las hormigas que en falanges apretadas construyen el hormiguero, y abren sus galerías, y limitan grandes plazas y rellenan los graneros y hasta libran batallas si el territorio común peligra; pero eso en virtud del trabajo bien equilibrado de todas, sin el desfallecimiento de ninguna, pero también sin que aparentemente se destaque la superior energía de una determinada; por tal símil, eclipsado aquí el vigor del individuo ante el lustre de la entidad colectiva, el Dr. Carbó laboraba siempre en la amigable compañía de todos, arrimando el hombro á la faena común, contribuyendo, si se quiere, como el que más, á la ordenada marcha corporativa, pero sin otro relieve personal que el que de

natural manera puede lucirse en el organismo interno de una Comisión ó en las sesiones ordinarias. Así y todo, muy cumplidamente debió apreciar la Económica los quilates de aquel distinguido miembro, cuando le concedió los honores de la vice-presidencia, primero, y de la presidencia después. No á humo de pajas se alcanzan estas alturas: para obtener tal lauro en el seno de una sociedad constituida por más de trescientos socios, de variados orígenes, pues proceden de cuantas agrupaciones vivas integran el país, necesitase gran respetabilidad, laboriosidad probada, carácter serio y una suma no despreciable de tonos simpáticos. Por reunirlos todos, la Corporación le estimó tanto en vida, que aun hoy, después de muerto, se ha complacido en revivirle.

Increíbles parecerían, señores, tan extraordinarias actividades concentradas en un solo hombre, si no fuesen una verdad las notas psicológicas que he tenido buen cuidado de apuntar en las primeras páginas de este esbozo de discurso. Cuando se considera que el Dr. Carbó tenía ocupadas todas las horas del día en el ejercicio práctico de la Medicina, en los deberes de la cátedra y en las tareas académicas, y que debía robar necesariamente las horas al sueño, para el estudio, admiraría comprender como en lapso tan breve llegó á atesorar tantos y tan variados conocimientos, á no poseer una extraordinaria retentiva.

Pero también el milagro se explica recordando que era el ilustre profesor un esclavo del método, llevando regulados todos los actos de su vida con cierto orden cronométrico. Con efecto, todo en él marchaba á compás, así en su vida privada como pública, y costaba un triunfo desviarle de su prefijada senda. No era fácil levantarle antes de su hora; menos lo era todavía, aun en época de exámenes, retardar sus comidas reglamentarias; asistía á la cátedra con puntualidad; no faltaba nunca al compromiso de asistir á las consultas; paseaba á las mismas horas; años atrás, en día determinado de las vacaciones, emprendía su excursión al extranjero; y en estos últimos tiempos escalonaba de una manera matemática el verano, descansando primero en Vich unas semanas, después echaba fondo en Granollers y estaba de vuelta antes que principiara Septiembre. En otro, todo eso realizado en igual diapason, habría parecido una suerte de automatismo; en él, higienista por los cuatro costados, era consecuencia del cálculo y de la premeditación. ¿Es que, muy conocedor de sí mismo, presentía no alcanzar la senectud, sino metodizaba su vida? ¡Quién sabe! mas ¡cómo detener el reloj del tiempo!

Desde que cumplió los sesenta comenzó á decaer físicamente; pero presumo que mucho antes de esta época y como preludio tal vez de la gravísima enfermedad que debía matarle, llevaba el doctor Carbó clavado en el corazón un dardo agudo

que, cual lima sorda, le iba desgastando. Produjóle esta lesión moral, no el continuado batallar de la vida pública, no el consumo de fuerzas representado por un trabajo superior á su organismo endeble, sino la muerte de su adorada hija, de aquella simpática joven cuyo rostro era el fiel retrato de su padre. El Dr. Carbó, con aquel exterior impassible, con todas las apariencias de un estóico, era hombre de grandes pasiones y de una sensibilidad moral muy exquisita; siendo así, ¿cómo se concibe que sufriera sin quebranto profundo el más acerbo de todos los dolores, aquella pena intensísima que sólo estamos en el caso de comprender los que la hayamos sentido? A pesar de todo, no podíamos sospechar que la muerte en el Dr. Carbó se adelantara con tan presuroso paso, porque los más ignorábamos que anidasen ya en su seno los gérmenes de la gravísima enfermedad cardíaca, que el día 4 del penúltimo Noviembre debía llevarle al sepulcro.

La lucha para morir fué asaz penosa, y al ilustre enfermo podía decirsele con el conde de Tolstoï que «la muerte es la liberación del dolor, es el descanso, es el sueño entrevisto en los días de miseria.» Si es necesario que el hombre sufra y que sepa callar, para que se le depure el alma, hizolo el Dr. Carbó con creces. Sentado en una silla, asfixiándose lentamente, hinchado el cuerpo por los rigores de la hidropesía y comprendiendo que para él no había ya esperanza, apenaba á cuantos procurábamos confortarle y hacerle más llevadero

el tránsito. Pero él se confortaba á sí mismo, porque aquel hombre, siempre tan reservado en las manifestaciones de sus creencias religiosas, que hasta infundió á muchos la sospecha de si era libre-pensador, creía en Dios, creía en una vida futura, y pidió espontáneamente los auxilios de la religión católica. No procedió de esta manera en virtud de indicaciones ajenas, ni por fe ciega, ni por desquiciamiento de su potente sensorio, sino por impulso libérrimo de su voluntad. *Quiero morir*, dijo, *en el seno de la Iglesia de mis padres, porque la estimo como la más perfecta*. Los indicios de esas creencias ya los apuntó, á mi ver, en uno de los discursos anteriormente analizados, y quiso aprovechar la coyuntura de su grave enfermedad para sancionarlos. La contemplación de la naturaleza y los descubrimientos de la ciencia moderna que, como dice Tyndall, constituyen el más sublime poema que cupo jamás en fantasía humana, lejos de conducir al Dr. Carbó en brazos de un fetichismo lamentable, sirviéronle para que abriera los ojos á la luz de la verdad y comprendiera que no queda todo terminado en la evolución terrestre. Aquella suerte de credo, grabado en mármol, en el Anfiteatro de nuestra Facultad de Medicina, al pie del busto del insigne Pedro Virgili: *non omnis moriar, multa que pars mei vitabit libitinam*, se me figura que lo llevaba él impreso en su mente y que pudo servirle de incitante para afianzar más sus creencias.

He ahí, señores, á grandes rasgos descrita la personalidad del finado, tal como la he podido comprender, desposeyéndome de todo apasionamiento. El natural temor de produciros cansancio me ha obligado á condensar en brevísimas páginas un relato que se prestaba á largas y jugosas consideraciones; pero aun siendo corto mi trabajo, tal vez baste para que forméis juicio de las cualidades del hombre que hemos perdido; tanto más cuanto ni la veneración al maestro, ni el recuerdo de antigua y cariñosa amistad, han sido bastantes á forcer mi pluma de la línea de la justicia. Ya lo habéis visto: junto al tilde, si le hay, el encomio, más ó menos ardoroso, ciertamente, pero nunca á las alturas de la lisonja; que los méritos del doctor Carbó no necesitan turiferarios. El balance, con todo, le resulta muy favorable y demuestra, á ojos vistos, que nuestro consocio era de buen barro. Así lo aclamó la opinión pública; premióle el Estado honrando su pecho con nobles insignias, y los hombres de ciencia se inclinaron ante él con respeto profundo.

Si alguna vez la envidia es justa, envidiémosle los que, como yo, plugo al destino que no rebasáramos el nivel de las medianías oscuras.

HE CONCLUÍDO.

Impreso en Noviembre de 1898.

NOTA. El apunte craneológico del Dr. Carbó, viene calcado en los datos que ha tenido la bondad de facilitarme el Dr. D. Baldomero Comulada, profundo conocedor de un importante ramo de la Antropología.